

## Repertorios de objetos evocadores de recuerdos en padres y madres que perdieron hijos

Alfonso Miguel García Hernández, Antropólogo Social.

Universidad de La Laguna, Tenerife

([almigar@ull.es](mailto:almigar@ull.es))

**Resumen:** Los objetos y espacios conservados y construidos por los padres en duelo tras la muerte de sus hijos posibilitan su habitabilidad, ser demarcados como territorios de existencia, de presencia o de ausencia, para hacer de los mismos lugares vivibles en definitiva. Seguir viviendo en los espacios por los que transitó el ser querido se convierte en una experiencia de re-habitar, de reconstruir el hábitat, de apropiarse de nuevo de dicho espacio y poder realizar en él actividades que lo definan y determinen. Construir nuevos espacios con nuevos y viejos objetos, integra los universos conceptuales de quienes los frecuentan. Sus universos conceptuales y objetuales proporcionan el surgimiento de fuerzas que facilitan espaciar los imaginarios humanos construidos a lo largo del luto, recrear los recuerdos y lograr que dichos lugares sean vistos por los padres como aquellos en los que objetos y espacios materiales están ubicados en un terreno simbólico, en el cual se pueden leer las relaciones entre hombres, mujeres y su espacio. Además de permitir la creación de discursos, prácticas rituales, diálogos sociales, geográficos, ecológicos y culturales que definen la forma de habitar de madres y padres en duelo, definen su propia identidad cultural y les aproxima al entendimiento de los acontecimientos y sentimientos de cómo afrontan la realidad de la muerte de sus hijos (Londoño, 2006: 37-39). Pensar en la muerte, en la modernidad, requiere pensar también en términos arquitectónicos, en término de espacios, objetos y lugares que se caracterizan, entre otras cosas por ser lugares en los que se dan relaciones organismo-entorno y organismo-objeto, espacios de encuentro, delimitados, en los que se construyen evidencias a través del tiempo y el espacio. **Palabras clave:** Duelo, luto, padres, objetos evocadores

**Abstract:** The objects and spaces preserved and built by parents in mourning following the death of their children possible habitability, be demarcated as areas of existence, presence or absence, to make them liveable places in the final. Continue to live in the spaces through which transited the loved one becomes a re-living experience, to reconstruct the habitat. To reappropriate the space and it can make activities that define and determine. Constructing new spaces with new and old objects, integrates conceptual universes of those who attend. Its object-based conceptual universes and facilitate the emergence of forces that enable human imaginary space built during the mourning, to recreate memories and ensure that these places are seen by parents as those in which material objects and spaces are located on land symbolic, which can read the relationships between men, women and space. Besides allowing the creation of discourses, practices, rituals, social dialogues, geographical, ecological and cultural that define the way of living of grieving mothers and fathers define their own cultural identity and their approaches to understanding the events and feelings how to face the reality of the death of their children (Londoño, 2006: 37-39). Thoughts of death, in modernity, also requires thinking in terms of architecture, in terms of spaces, objects and places that are characterized, among other things for being places where there are organism-environment relations and body-object spaces meeting, defined, in which evidence is built over time and space.

**Keywords:** grief, mourning, parents, evocative objects

## INTRODUCCIÓN

Nuestra experiencia personal y profesional ha posibilitado acceder a personas que viven procesos de duelo, un camino personal, largo, doloroso y silencioso encarnado en los relatos y los espacios por los que transitan los padres que perdieron hijos y al que el presente estudio pretende dar voz. Entrar en sus mundos personales<sup>[1]</sup>, en sus discursos sociales y en sus espacios habitados, así como analizar algunas ceremonias en torno a los mismos, nos permite repensar los procesos de duelo.

Los fragmentos de historias corresponden a padres que perdieron hijos, residentes en Santa Cruz de Tenerife, y que a lo largo del período comprendido entre 2007 y 2010 participaron en su mayor parte, como miembros de grupos de duelo o fueron entrevistados por el autor. Lo que nos permitió profundizar en el entendimiento del dolor a lo largo del proceso de duelo, la continuidad de vínculos de los padres con sus hijos fallecidos y la configuración de sentido que les vincula a objetos, espacios, lugares y sus significados que les permiten recordarles, aspecto sobre el que profundizamos en el presente artículo. A su vez, pudimos aproximarnos a los rituales desarrollados por los padres y las madres para recordar y homenajear a sus hijos, así como a las diferencias expresadas en la elaboración del luto y los significados dados a sí mismos y al mundo y, a la importancia de todo ello en la comprensión del proceso de duelo (García, 2010).

Al principio los padres recuerdan a su hijo fallecido todos los días, al integrar el dolor en la rutina diaria que forma parte de todo lo que acontece y lo duro de contar lo sucedido. En un ambiente en el que los hombres tardan menos en reincorporarse a su trabajo, pues les invita a distraerse y alivia su dolor mediante la incorporación a las rutinas del mismo, como si de un bálsamo se tratase el hacer cosas rutinarias. En cambio, las madres encuentran a su hijo en los espacios familiares, en los sonidos, en la luz, en las canciones y en todo lo que les rodea. Expresan sentimientos y emociones más profundas, que les hacen vivir de modo distinto el distanciamiento emocional de su hijo, propiciando que se acerquen a espacios y objetos que pertenecieron a sus hijos, en un tiempo que se torna presente a cada instante. Por lo que pasados algunos meses, los hombres al ver llorar a su pareja, o cómo transita por los espacios y cuida de los objetos que pertenecieron a su hijo, piensan o comentan al investigador su preocupación de que ellas están peor.

Los padres son protagonistas de historias de intercambio simbólico con el hijo fallecido, en un camino de construcción hacia un “nuevo normal”, hacia la recuperación. Es un marco en el que se construyen los itinerarios personales y familiares de los dolientes, cargados de significados que buscan en el anhelo del reencuentro, dar significado a su mundo personal y social que ha sido transformado por la pérdida (Neimeyer, 2001, 2002; Herrero y Botella, 2002; Attig, 2004; Neimeyer, Baldwin y Gillies, 2006; Packman, Horsley, Davies y Kramer, 2006; García, 2007a; 2007b; 2007c). Los actos ceremoniales tratan de cambiar el estado del mundo mediante una acción a distancia (Leach, 1978: 40) que explica, predice y controla el mundo. Donde la creencia en la causalidad y en la intervención de agentes sobrenaturales que pueblan el mundo está presente y, se evidencia la confusión entre imaginación y realidad a las que se asocia el pensamiento de fenómenos alimentados por deseos y fantasías, una conexión que se realiza mediante la práctica ritual.

Lourdes nos refiere al respecto:

“Y esa misma noche también nos quitamos un peso, nos liberamos.

La noche que murió Gara, estábamos haciendo una barbacoa a la orilla del mar. Cuando estábamos cenando se vino un viento fuerte. Y un rato antes, yo había llamado a Gara. [Debió morir poco después] Fui a dar un paseo y entonces se levantó un viento y tuvieron que levantar el campamento. Nos fuimos todos a dormir.

Estos amigos de Uruguay dijeron que la muerte fue cuando se levantó el viento y que “teníamos que soltar algo”. Me sentía muerta de miedo porque ese sitio no me gustaba. Había que darle algo al sitio como para tranquilizarlo [apaciguarlo]. Como para que ella [mi hija] se liberara. Yo lo hice por creer en algo: llevamos su peine y un cristal de cuarzo blanco [un amuleto] con el que ella estudiaba siempre en la mano. Encendí una vela, tiramos los objetos y la vela se apagó en ese momento y un lucero, que se veía al fondo, de pronto se cubrió también” (Lourdes, 2009).

Los objetos metafóricos que hablan de Gara, su peine y su cristal de cuarzo blanco, funcionan como elementos de naturaleza descriptiva a modo de señales que configuran una secuencia causa-efecto en la muerte y el lugar y que son capaces de desencadenar consecuencias a distancia. La acción llevada a cabo obedece a un esquema medio-fin, por lo que es la acción expresiva mitológica o pseudológica en el sentido planteado por Leach, que obedece a una creencia religiosa.

Los significados dados al mundo hablan en todo momento del hijo fallecido y están impregnados de su muerte, ausencia y de los significados de presencia y tránsito. Propician una implicación holística en forma de flujo, el cual implica una “suspensión voluntaria de la incredulidad” (Turner, 1988, 1999) a la que no son ajenas las personas y los lugares, y donde el lenguaje ritual tiene una fuerza performativa capaz de producir efectos convencionales (Finnergan, 1969; Ray, 1976; Rappaport, 1979; Tambiah, 1979; Worgul, 1980; Bloch y Parry, 1982).

La costumbre de lámparas votivas no es algo nuevo, ya fue común en la Alemania católica del sur, donde se encendían velas en forma de teclas, que se ofrecían a santos específicos para la protección de mujeres preocupadas por el embarazo y el parto. De igual modo, los objetos utilizados en las ceremonias creativas propias no necesitan ser considerados religiosos o exóticos, son símbolos sencillos, fotografías y objetos que tienen un significado personal y que pueden añadir más significado a la experiencia.

Felipe y Fátima, que perdieron a su hijo Enzo, han creado un repertorio de ceremonias cada noche antes de irse a la cama: darle un beso volado a su hijo representado por su fotografía, o por su juguete favorito, “Benito”, un caballo de peluche. Mirar el Libro de memorias, que incluye la historia de su corta vida, mantener encendida, casi permanentemente, una vela junto a la fotografía enmarcada de su hijo y a la urna que contiene sus cenizas.

Los cuarenta y cinco padres, informantes y miembros del grupo de duelo “Para siempre en el corazón” de Tenerife, que han vivido la experiencia de perder hijos, nacidos en su gran mayoría en los años setenta (padres de hijos nonatos fallecidos al nacer o con pocos meses) y en la década de los cincuenta y sesenta (padres cuyos hijos fallecieron en torno a los veinte años), no llevaron luto por la muerte de sus hijos fallecidos y, aunque refirieron que la muerte de un hijo es el acontecimiento más doloroso que les ha sucedido en sus vidas, no expresaron su dolor con el color de sus ropas, tal como establecía la norma social en Canarias no hace más de treinta años, sino mediante el uso del discurso y los comportamientos.

El grupo se configuró en febrero de 2007, y a lo largo de tres años y siete grupos distintos posibilitaron un espacio de encuentro en el que compartir las vidas e historias de las madres y padres y de sus hijos -del alma- fallecidos, a quienes expresamos nuestra gratitud. En particular: a Lydia y Luis porque creyeron en la necesidad de configurar un grupo de apoyo para padres en duelo al que decidimos llamar “Para siempre en el corazón”. A Yayi y Esperanza que lo vieron nacer. A Verónica y Jonathan, Victoria, María Isabel, Thorsten, Yurena, Aruma, Fátima y Felipe, Ariana y Julio, Gaby y Héctor, Ana y Nicasio, África y Suzo, Mykel y Yaser, Emilio e Isabel, Malena, Lola, Vanesa y Eduardo, Lilian y Francisco, Lourdes y Jorge, Víctor y Dulce, José Luis y Chari, Rosario y Jesús y tantos otros que se han acercado al mismo en busca de ayuda y comprensión que esperamos hayan encontrado. Información relativa al mismos se encuentra en la web <http://tanatologia.org>, en la Sociedad Española e Internacional de Tanatología (SEIT): <http://tanatologia.org/seit/parasiempre/index.html> o en la sección del Proyecto Espacios para el Recuerdo organizado en el Museo de Historia y Antropología de Tenerife en mayo de 2009, bajo la dirección de quien escribe <http://espaciosparaelrecuerdo.com/parasiempre.html>

En este panorama de visibilización social del comportamiento de los dolientes, desempeña un papel importante el uso y conservación de objetos y espacios que pertenecieron al hijo fallecido, que contribuyeron a organizar su mundo personal durante un tiempo determinado en torno a los significados aportados por dichos objetos, que vinculan a los padres con sus hijos. De este modo, “el símbolo adquiere sentido únicamente en relación con otros símbolos, es decir, enmarcado en un sistema” (Douglas, [1978] 1970: 13).

Mientras, las formas externas tradicionales de expresión del duelo, visitas a los cementerios, altares o “capillas”, van cayendo en desuso, se imponen nuevos modos de expresión del duelo, más personales y de gestión y uso de los espacios.

Muchas madres y padres conservan al principio, y en ocasiones durante años, “momificados” los espacios que pertenecieron a sus hijos, en el sentido que Gorer<sup>[2]</sup> considera el término, cual metáfora, como realizaban los egipcios, que embalsamaban el cadáver y lo sepultaban con efectos personales y utensilios domésticos, que proveerían a la persona muerta en su vida posterior. Este fenómeno en las culturas occidentales, representa la creencia más o menos consciente de que la persona muerta regresará y existe el deseo de asegurarse de que será acogida de manera apropiada cuando vuelva. De este modo, la momificación es, por lo menos al comienzo, un corolario lógico de la creencia de que la persona muerta regresará. Sin embargo, este fenómeno puede continuar porque abandonar esa creencia equivaldría a sellar y archivar la pérdida, cuestiones que los dolientes en sobradas ocasiones no están dispuestos a asumir.

## VINCULACIÓN CON OBJETOS DEL HIJO

La vinculación con objetos que pertenecieron al difunto es más habitual en el período inmediato en que se produjo el fallecimiento, en el duelo temprano (Silverman y Nickman, 1966; Volkan, 1972, 1981; Worden, 1991; Klass, Silverman y Nickman, 1996; LaGrand, 1999; Malkinson y Bar-Tur, 2000; Jucevic y Urlic, 2002; Klass, 2006), pues propicia el recuerdo de la presencia del hijo, aunque con la evocación de emociones y signos de dolor, contribuye a la elaboración de significados y transacciones que se dan en la construcción del universo personal y social, que ha sido desafiado por la pérdida.

El conocimiento del universo de madres y padres que han perdido hijos se construye a través de los objetos y se transforma en sus percepciones sensoriales, que les conectan con el mundo, con los objetos, con el saber, con la naturaleza y con sus hijos fallecidos. Sobre un fondo perceptivo, se van acumulando los significados, el conocimiento de la vida social y de la cultura. Se entrelazan interior y exterior, esencia y existencia, realidad e imaginario. Mientras, la mirada de los padres, llena de “giros”, se orienta hacia el hijo fallecido, en un complejo y móvil mundo tejido de visibilidad del hijo que tiene una doblez de invisibilidad, que hace real el lema de Pascal de que “sólo puede verse a la vez con la mente y el corazón”.

El contacto es una forma de relación entre los sentidos, su imagen y sus objetos, un acoplamiento sensible entre un sentido y un objeto del campo sensorial. Una propiedad relacional que implica uno o varios de los seis sentidos (vista, oído, sabor, olor, tacto y pensamiento), un objeto material o mental y la conciencia basada en ambos (Varela y otros, 2005: 147). Se produce una sensibilidad entendida como proceso dinámico que genera emergencia y un contacto, en cuanto proceso, descrito como causa y efecto a la vez. Como causa, el contacto es la conjunción de un sentido, un objeto y el potencial para la conciencia. Como efecto, el contacto es lo que resulta de este proceso de conjunción, cuya relación no es propiedad de un sentido ni de un objeto, ni de una conciencia en sí misma, es una propiedad de los procesos mediante los cuales ellos interactúan.

La sensación grata, ingrata o neutra, surge del contacto y se basa en alguno de los sentidos y, mediante ella, los padres y madres afrontan el mundo en lenguaje fenomenológico. De esta sensación, puede nacer la aspiración que, en su forma más básica, es del deseo de lo agradable y el repudio de lo desagradable. Los sentimientos son importantes para los padres y, en estos momentos “difíciles”, cambian por momentos. Se puede establecer una gradación amplia sobre los impulsos: pasión-deseo hacia objetos deseables, agresión-furia hacia objetos indeseables e ilusión-ignorancia hacia objetos neutros (Varela y otros, 2005: 91). Para tener los padres y madres en duelo sensaciones y sentimientos, deben conectar con los objetos desde los sentidos, teniendo conciencia de ello. De modo que no hay oposición entre visible e invisible: visible es lo que se muestra de lo invisible. Hacen acto de aparición un “repertorio” de objetos que se comportan en el sentido que refiere Merleau-Ponty (1977: 28), reuniendo y unificando, de modo que “la visión es espejo o concentración del universo”.

El afán, de gran importancia en la cadena de la causalidad de padres y madres, puede, en este punto, cortar la “cadena” o dejarla pasar al siguiente eslabón, pues conduce al apego y al aferramiento hacia los espacios y objetos y, por ende, a los hijos que representan.

“Me hacen revivir el dolor lugares, canciones, mi casa...” (Rosario, 2009).

“Arriba están todas las cosas que tenía él, tal como las tenía él: el ordenador, la guitarra. Tengo los pantalones donde los tenía él” (Concha, 2009).

La expresión y soporte en los sentimientos, fundamentalmente el dolor, reclaman para manifestarse una expresión que se fija a objetos concretos de marcado simbolismo, a modo de una relación con lo sagrado, totémica. Una relación ritual entre hombres y mujeres con su tótem, con su hijo fallecido (Levi-Strauss, [1962] 2003: 91), en el sentido que comenta Radcliffe-Brown, que invierte la posición de Durkheim, según la cual los “tótem” son objetos de actitudes rituales -que Durkheim denomina “sagradas”- al entenderlos como emblemas sociológicos, mientras que para Radcliffe-Brown la naturaleza es incorporada al orden social en lugar de subordinarlo a él. Se manifiesta mediante la vinculación a objetos de distintas categorías: 1. Pertenencias del hijo fallecido: cosas que él o ella usó, como un reloj, joyas, ropa, gafas; 2. Algo que la persona fallecida usaba como una prolongación de sentido: cámara fotográfica o teléfono móvil que se mantiene activo, su coche, las poesías que escribía, que representaban una extensión visual u otra conexión con el mundo; 3. Una representación del fallecido en distintos soportes: fotografía o vídeo; 4. Olores, sabores y comidas que evocan momentos y lugares por los que transitó el hijo, o sus comidas favoritas que preparaba su madre; 5. Canciones, música o sonidos que el hijo escuchaba o que evocan a los padres historias semejantes a la suya; 6. Números que por distintas razones, vinculan a los padres con sus hijos, ya sea porque tienen que ver con elementos relacionados con él: la cama en que estuvo hospitalizado, o el número de la casa, o números que evocan fechas o fragmentos de vida en el que los números fueron relevantes; 7. Espacios exteriores, creados o conservados tras la muerte del hijo o hija: altares, memoriales, etc. y 8. Objetos que estaban a mano cuando se recibió la noticia de la muerte, cuando el doliente vio el cuerpo del muerto, o en el funeral, y que los padres decidieron conservar. Como al coleccionista, a los padres les anima una pasión, que si bien parece dedicada al presente, está vinculada a una percepción del pasado, que no sólo intenta poner en orden la vida del hijo, sino la afirmación misma del hijo, en la percepción de su mirada o rostro y en los objetos presentes, en ocasiones un tratamiento más aleatorio de lo que se afirma en general.

Se da un “repertorio de elementos”, de distintas categorías y significados, relacionados con el hijo fallecido, conformado por cualquier espacio u objeto nuevo o antiguo que sea capaz de evocar o traer significados del mundo circundante real o trascendental del hijo, que desde el afán de conservarlos conduce a padres y madres al apego.

Ligarse a objetos marca un límite psíquico difuso entre quien falleció y el doliente, como una representación de los dos individuos, en los que una parte de ellos emerge externamente a través de su uso (Worden, 1991: 162-163). Es una cultura que moldea la vida y la muerte de sus miembros, confiere significados a las acciones e impone patrones inherentes a los sistemas simbólicos mediante modalidades de lenguaje, discursos y conductas interdependientes que de no realizarse se consideran “anormales”: acostarse en la cama que perteneció al hijo, llevar un colgante suyo, unos pendientes, fotografías, su pañuelo o gorra, etc., son elementos recurrentes en madres y padres (Gibson, 2006);

encender velas en determinados espacios, porque nos recuerdan la presencia de nuestro ser querido, o tal como comenta Isabel, “porque a su hijo le gustaba encenderlas”; pasear por lugares por los que transitaban con su ser querido, oyendo su música favorita, o incluso, hacerlo en el coche o la motocicleta en que él lo hacía.

El uso de artefactos, objetos y fotografías, funcionan a modo de repertorios que buscan recordar al niño fallecido y ayuda a construir y crear lo que Walter (1996) define como un “una biografía duradera” en la que la memoria de los fallecidos se reubica y reintegra en la vidas de los que quedan. Familia y amigos del difunto renegocian con sus seres queridos su biografía, como si de un “capítulo anterior” se tratase, y reconstruyen los recuerdos que tienen de ellos. De modo que el objetivo de esta nueva lección es “no seguir adelante sin los que han muerto, conservándolos en un lugar creado para ellos” (Walter, 1996: 20).

Las fotografías presentes en los distintos espacios sirven a modo de “una presencia de sustitución” (Riches y Dawson, 1998), que ayuda a facilitar un paradigma de la familia reconstruida. Al respecto de la sustitución del ser querido por un nuevo objeto, señala Videka-Sherman (1982), que en el objeto se invierten significados, para hacer frente a la pérdida, como si se tratase de un mecanismo de supervivencia, donde los artefactos, objetos y fotografías ofrecen a los padres una oportunidad de revivir y recordar recuerdos y logros del pasado, pues evocan imágenes vívidas del niño perdido de modo que los padres pueden establecer un diálogo interno con su hijo. Aunque el apego y la fuerte carga simbólica que transmiten los objetos y espacios son muy grandes, padres y madres se dan cuenta de que nunca los mismos podrán reemplazar la pérdida física.

Jorge refiere, al respecto, en sus palabras que:

“Esta casa va a estar en Navidad iluminada como le gustaba a ella” (Jorge, 2009).

Las madres y padres que han perdido hijos pequeños se vinculan con objetos que no son, necesariamente, juguetes o flores, que se marchitan rápidamente. Sino espacios tales como el hogar, el lugar de trabajo, los centros educativos y el entendimiento de los mismos, que en la actualidad, conforman ambientes de duelo diferentes que se van modificando con el paso del tiempo en lo relativo al entendimiento, funcionamiento y organización desde las antiguas sociedades rurales y urbanas, hasta las actuales sociedades más complejas. Claramente condicionados por la cultura y los rituales de conmemoración actuales, el entendimiento de dichos espacios proporciona una herramienta para la comprensión de la dinámica del duelo y nos permite comprender los comportamientos en estos mundos separados del trabajo, del colegio, o del domicilio familiar.

Estamos bastante perdidos si se nos pide que describamos la forma pura y la estructura visual de los objetos físicos, máxime a quienes interrogamos son personas en duelo en lo que respecta a los espacios por los que transitaban sus seres queridos o las ilusiones que habían depositado en ellos, descubriendo que es el arte quien llena este vacío. Vivimos en el reino de las formas puras y no en el del análisis, en el que escrutamos los objetos sensibles o el estudio de sus efectos.

Los objetos se comportan como mediadores de la memoria, como objetos conmemorativos que anclan el recuerdo, objetos de la melancolía, de la ausencia del hijo fallecido. Su ropa, zapatos, relojes, gafas, peluches, sus mantas, etc., funcionan a modo de metáfora o

metonimia, como huellas corporales o como prolongación de sus cuerpos, pues han sobrevivido a sus dueños, a quienes los poseyeron.

“Tengo todas las piezas dentarias que se le cayeron a Maite. Ella las iba guardando. Las tengo en un joyero” (Ana, 2010).

Desempeñaron un papel en la vida del hijo y, tras su muerte, desempeñan un papel importante en el duelo, en la vida de sus padres al estar arraigados a significados de la identidad del fallecido y a su trayectoria vital. La tendencia es no “momificarlos” o conservarlos intactos, pues para muchos padres ello habla de no estar bien, de no ser normales y de que es lo menos conveniente. A causa de esto, quienes evitan la aflicción o el duelo, fundamentalmente padres que perdieron hijos al nacer o antes del parto, prefieren evitar los objetos, desecharlos o guardarlos antes de regresar a sus domicilios, incluso, en ocasiones, de modo precipitado sin una selección previa de los que podrían tener valor para ellos, y quedan de este modo relegados al olvido.

Muchos objetos se comportan a modo de “repertorios”, como un conjunto de cosas que trascienden su valor, convirtiéndose en obras de arte y devoción, que en más de una ocasión pasan a ser considerados sagrados para madres y padres, pues reinciden en el mismo hecho: el hijo fallecido, su presencia y su memoria. Confirman una triada de conceptos importante en el entendimiento de los itinerarios personales que dan significado al duelo y al ser querido fallecido: objetos, espacios y tiempo.

Las ropas que pertenecieron al difunto, que albergaron su cuerpo, lo embellecieron y cobijaron, están, sin haberlo querido los padres, vinculadas emocionalmente a ellos. Mucho más en los primeros días tras el deceso, semanas y meses tras el óbito.

Son principalmente las madres de los hijos mayores fallecidos quienes se vinculan más a los objetos, frente a los padres que prefieren evitarlos o reducir la dosis de los mismos:

“Me sigue siendo fuerte su ropa (refiriéndose a la de su hija fallecida), me martiriza” (Jorge, 2009).

El camino del duelo es un camino de objetos, imágenes y significados: la imagen del hijo vivo, las imágenes de su cuerpo muerto, las imágenes de lo que rodeó en vida al hijo, las imágenes de acontecimientos que marcaron su vida y funeral, las imágenes fotográficas y videográficas como objetos del recuerdo. Son imágenes “melancólicas”<sup>[3]</sup>, en definitiva, que hacen sentir a madres y padres que sus hijos siguen estando con ellos.

Las fotografías de los hijos son el principal objeto que vincula a padres e hijos fallecidos, principalmente a madres e hijos fallecidos. Ellas en ocasiones realizan un álbum fotográfico, metódico y cronológico que agrupa hasta miles de fotografías, a modo de repertorio vital, que capturan instantes esenciales en sus vidas.

Nostalgia, sonrisas y lágrimas acompañan la visión de estas fotos o vídeos que hablan de la vida, de tiempos fijos pasados que pueden ser recorridos y examinados detalle a detalle, incluso, en el caso de niños fallecidos al nacer o a los pocos días, de los que sólo unas pocas fotografías dejan constancia y son fiel testigo de la vida y muerte del hijo. Aparecen en brazos de sus padres, como en el caso de Lydia y Luis tras el fallecimiento de sus hijos gemelos, o junto a un hermano (es el caso de Diego). Estas imágenes, para muchos, hablan



de otro tiempo en el que sacar fotografías a quien había fallecido era “normal”. La imagen de “dormido” interroga a los padres por el sentido de la vida y la razón de la muerte. O en momentos de festividad y disfrute, con sonrisas y fiestas en el caso de los hijos mayores fallecidos.

Los padres y madres nos enseñan las fotografías de sus hijos e hijas fallecidos en las reuniones grupales o en las entrevistas: álbumes, ficheros fotográficos guardados en el ordenador, en sus teléfonos móviles, en las carteras, en espacios virtuales (web) creados al efecto, etc. No hay límite para ello, ni soporte que no valga. Estas imágenes las besan o las acercan al corazón.

“Yo he llegado a sacar la foto de mi hija a ver la salida del sol y llamar a su número de teléfono” (Ana, 2010).

Cuando visitamos sus domicilios allí están las imágenes de sus hijos en todos los rincones y lugares importantes del domicilio: en la pantalla del ordenador, en la mesa de noche, en el salón de la casa, en la habitación que fue del hijo, en la puerta de la nevera. Cientos de imágenes en distintos soportes que vinculan a padres e hijos, o quizá para ser más exactos, más a madres e hijos fallecidos, pues la vinculación que generan los padres con los objetos o imágenes de su hijo fallecido es diferente, diríamos que la dosis no es la misma. La dosis “tolerada y deseada” es menor y, generalmente, buscan separarse de algunos objetos e imágenes evitando ver muchas fotos y vídeos, entrar tan frecuentemente en la que fue su habitación como lo hacen las madres, o ver las ropas que les pertenecieron. Es esta la razón por la que las madres refieren, en ocasiones, que los padres llevan “peor” que ellas la pérdida de su hijo o hija. Mientras ellas desean estar horas haciendo este tipo de manifestaciones, los padres en caso de realizarlas, lo hacen esporádicamente.

Objetos de transición, mediadores, inanimados, vinculan a los padres dolientes con sus hijos, dándoles una carga psíquica o emocional. Un “sobrevalor” que les invita a ser conservados e, incluso, les otorga, en ocasiones, un estatus de “casi mágicos”, al ser el centro de miradas, gestos, caricias y besos de los padres, que pueden llegar a convertirlos, incluso, en proveedores de protección o ayuda.

Mientras el dolor puede resignificarse por los vínculos con el hijo fallecido, los objetos se convierten en mediadores de la celebración de su duelo. Es por ello que, dependiendo del objeto y su relación con el difunto, los padres pueden evocar emociones y experimentar el duelo de modo diferente. Algunos lo expresan de forma que parece que nunca se fueran a desvincular de la melancolía, de ese resto afectivo de tristeza o añoranza que une los objetos con el ser querido al que han prometido no olvidar.

“La ropa de mi hija, la llevé a una costurera y la adapté a mis medidas, y me la pongo yo” (Toñy, 2010).

Muchos padres conservaron muchos objetos de manera secreta: un anillo, un reloj, fotografías o incluso, objetos que estaban a mano en el momento de la muerte. Fueron especialmente guardados, pero no usados: un pañal, una gasa, la pulsera que identificaba al niño en la Unidad de Cuidados Intensivos, etc., objetos que se observan ocasionalmente y en privado.

La conservación de espacios que pertenecieron al hijo y su mantenimiento dentro de un orden, cual “espacios momificados” es frecuente, aunque los hombres, al principio, dudan más que las mujeres en conservarlos intactos y, en muchas ocasiones cuando dichas habitaciones esperaban un hijo que no llegó a nacer, son los hombres los que los transforman antes del regreso de su pareja a casa, pues consideran que preservarlos en el tiempo causa un dolor innecesario.

Cuando visitamos dichas estancias, nos encontramos frente a espacios inalterados, mantenidos como si esperasen la llegada o reencuentro con el hijo fallecido, pues en ellos, tiempo, movimiento y cambio son inexistentes. Mantenidos frecuentemente por las madres, vemos cómo en los mismos hay elementos sobrados que conservar y recordar. “Su cuarto de pronto quedó tal como él lo dejó”, como una foto finish (Barthes, 2001).

“Quiero quedarme sola en la habitación de mi hijo y ponerme a leer. En el cuarto donde están sus cenizas y la velita encendida” (Ángeles, 2010)

En el caso de hijos recién nacidos o con pocos meses de vida fallecidos, niños que no vivieron en sus domicilios y con los que no se compartieron los espacios de sus casas, los lugares que los esperaban con sus objetos y ropas y que fueron creados pensando en ellos y para ellos, también pasan a tener otro significado de vínculo con los hijos.

Ariana, que mantiene la habitación de su hija intacta, nos comenta cinco días después de su fallecimiento:

“Hay muchos recuerdos en casa también. Yo quiero que la ropa de la niña... No quiero que la use nadie” (Ariana, 2007).

Y seis meses después nos comenta:

“Si entro en su habitación y recojo sus cosas, es como si cortara el lazo con ella. Tengo excusas para no hacerlo y las aprovecho”.

“Para mí lo que hay en la habitación no es sólo ropa. Es lo último que me queda de ella” (Ariana, 2008).

También determinados objetos y los espacios interiores y exteriores se transforman en espacios de ilusión y de desilusión. Un camino que puja entre el dolor por la ausencia del hijo y la creación de significados que vinculan a los padres con él.

“Cuando nos da el “bajón”, nos abrazamos, damos un paseo y nos vamos a Candelaria (un pueblo del este de la isla), ya que lo asocio mucho con ella” (Dania, 2008).

Y siete días después dice:

“Conservo cosas de cuando estaba vivo (mi hijo), que, al verlas me molestan (refiriéndose a unos yogures caducados). Como visitar sitios a los que iba ilusionada por él (se refiere al Centro Comercial Alcampo, y a una pizzería). Al visitarlos ahora, me digo: Venía con él (embarazada), con la ilusión y ahora no. Me da rabia en esos lugares. No los hago culpables, pero me siento mal en ellos, porque eran lugares en los que compartía la felicidad” (Dulce, 2009).

Un padre una semana después de la muerte de su hija de dieciocho años de edad refiere:

“La comida que a ella le encantaba (...) Yo tengo un asado que está ahí congelado, con morcilla, con chorizo... Es de ella. No soy capaz de hacerlo. La comida que le había comprado para ella ese fin de semana (el que murió) la tiré toda a la basura” (Jorge, 2009).

Una semana más tarde, el padre preparó el cocido como siempre lo hacía y lo comieron los tres miembros de la familia. Fue un avance para él hacerlo, un acto conmemorativo cargado de sentido. Un mes y medio después, realizó la comida favorita de su hija, “un asado”, lo que les permitió a la familia sentir que avanzaban más en el entendimiento de la pérdida de su hija.

“Fue un paso más, hacer cosas o la comida que a ella le gustaba, sin ella. Fue un paso más... Me estoy dando cuenta de los pasos” (Jorge, 2009).

### VINCULACIÓN CON NUEVOS LUGARES Y NUEVOS OBJETOS

Nuestra sociedad ha acotado claramente el duelo, circunscribiéndolo a los espacios privados o del mundo interior. Sin embargo, la experiencia del dolor se vive en los espacios “externos”. El trabajo, el colegio o la universidad, son lugares de interacción de los padres en su duelo interior, desde la diversidad y complejidad mostrada por quienes lo viven, y por su manera de entender conceptos tales como “el duelo”, “la expresión externa del dolor”, “la normalidad” y “la recuperación”. Son dichos espacios públicos y de trabajo, los que condicionan los comportamientos desarrollados por los padres (Walter, 2009).

### CEMENTERIOS

Los padres que perdieron hijos al nacer o a los pocos días incineraron sus cuerpos en su mayor parte, los restantes los inhumaron. Son estos últimos los que visitan los cementerios, sobre todo al principio, en un ritual en el que las madres tienen el protagonismo. Posteriormente las visitas se van espaciando con el paso de los meses y años, circunscribiéndose cada vez más a determinadas fechas. Las primeras visitas al cementerio comienzan a los pocos días del fallecimiento, y se incorporan a la rutina de las madres, en unos días y horarios determinados, aunque por el trabajo de ellas, en el caso de las que perdieron hijos mayores, suelen concentrarse en los fines de semana. Van a visitar sus tumbas, aunque nos confiesan que para ellas “sus hijos” no están allí.

La memoria de las mujeres es más globalizadora, mientras la de los hombres es fragmentaria, con un silencio en la muerte que la confina al olvido. Son pocos los hombres que cuentan de forma cotidiana la historia de la vida de su hijo fallecido, salvo a los miembros del grupo de apoyo o al investigador y, cuando lo hacen, toman como referencia lo que dicen las mujeres. Ellas, dentro y fuera de estos espacios, están más inclinadas a un tiempo simbólico, nostálgico -el de la evocación de su hijo-, mientras que los hombres se comportan vigilando y controlando lo cotidiano. Su silencio y sus comportamientos, sirven para eliminar la nostalgia e imponer lo cotidiano frente a los sollozos o lloros y el discurso de las madres. Se da una oposición femenino-masculino en una sociedad, la canaria, en la que, cada vez menos, hay una oposición de géneros en los espacios políticos y públicos. Esto conduce a una cuestión fundamental, que podría enriquecer la tesis sobre la muerte apuntada por Thomas (1982: 11), quien considera que la ideología funeraria está situada en el punto de encuentro de un doble juego de fuerzas, por una parte las pulsiones y fantasmas

del inconsciente universal; por otra, los determinantes vinculados al enraizamiento demográfico, político y socioeconómico.

En las zonas rurales está más arraigado el culto a la tumba y el adecentamiento de la misma que en las urbanas. Cuando son los hombres los que las visitan, lo hacen en silencio y exteriorizan menos sus sentimientos.

### ALTARES Y CAPILLAS

Miles de altares o capillas, colocados en los lugares donde se produjeron accidentes, principalmente en carretera, forman parte de la iconografía popular y colectiva a lo largo de las arterias que conectan los distintos pueblos de las islas Canarias: carreteras rurales y comarcales, autovías y autopistas. Unos están cuidados y se modifican, otros aparecen abandonados. Unos con flores naturales, otros con flores de plástico, los que los crean esperan que sean vistos e interrogar a quienes sobre ellos ponen la mirada.

Los altares funcionan como señales que nos recuerdan que en aquel lugar alguien perdió la vida, debido a un accidente imprevisto y desafortunado. Son capillas o hitos de carretera que funcionan a modo de necrológica permanente, marcan y señalan el acontecimiento y el recuerdo en la memoria de los seres queridos. En ellos el lugar se ha transformado en un espacio “sagrado”, un lugar desde el cual el “alma” del ser querido “partió hacia otra vida”. Al igual que el que recuerda a Tony, que nos encontramos en la carretera del Tablero (TF-28), en el kilómetro 4. En sus inicios, tras el fatídico accidente el 22 de abril de 2008, depositaron en dicho lugar unas flores al borde de la carretera. Paulatinamente, el lugar llegó a conformar un espacio funerario ritual cada vez más cuidado, creciendo en tamaño. La familia de África, ha incorporado como ritual familiar visitarlo, responsabilizándose ella de visitarlo dos veces por semana, lo adecenta y lo adorna, “la ermita”, tal como la llama. Nos encontramos con una hornacina a dos aguas cubierta de flores, constituida por dos compartimentos interiores, en la que se encuentran depositado distintos objetos de significado para quienes los han ido colocando en él, amigos y desconocidos, que en ocasiones dejan a modo de recuerdo elementos diversos tales como fotografías, rosario, monedas, santos, etc. África mantiene siempre encendida una vela en el interior de la “ermita”.

“Si no voy, me siento mal. Y le digo a mi marido: - Pasa por la ermita, pasa por el cementerio. (...)

Voy a dar con él allí, y me siento y le hablo. Es como un deber. Me importa él.

Hasta donde cayó en la carretera, allí mismo le doy un besito. Es como si bebiera su sangre.

Y sé que me acompaña. Si él no me estuviera acompañando, no estaría aquí. Y se lo digo: Dame fuerzas para seguir” (África, 2009).

### CONCLUSIONES

Dar y recibir son un acto simbólico, el acto simbólico por excelencia que quita a la muerte toda la negatividad y que, para tener sentido, ha de compartirse con los objetos y con las

personas, pues su sentido está en socializarla, en un intercambio que nos aleja del simulacro biológico del cuerpo.

A lo largo del camino del duelo descubrimos como los padres que perdieron hijos estructuran el mismo como un camino de objetos, imágenes y significados: la imagen del hijo vivo, las imágenes de su cuerpo muerto, las imágenes que lo rodearon en vida, las imágenes de acontecimientos que marcaron su muerte y funeral, las imágenes fotográficas y videográficas. En ellas los objetos funcionan a lo largo de dicho proceso a modo de repertorio, como mediadores de la memoria, metáforas o metonimias que anclan el recuerdo, como huellas corporales o prolongación de sus cuerpos.

Hacen acto de aparición también nuevos objetos y nuevos significados que vinculan a los padres con los hijos fallecidos, mediante soportes reales o virtuales: altares públicos y privados, capillas o el cementerio o incluso el propio cuerpo de los padres, mediante la realización de tatuajes.

## BIBLIOGRAFÍA

Attig, T. (2004). Meanings of death seen through the lens of grieving. *DeathStudies*, 28, 341-360.

Barthes, R. (2001). *La torre Eiffel. Textos sobre la imagen*. Barcelona: Paidós Comunicación.

Bloch, M., Parry, J. (Ed.). (1982). *Introduction: Death and regeneration of life*. Cambridge: University Press.

Finnergan, R. (1969). How to do things with words: Performative utterances among the Limba of Sierra Leone. *Man*, 4(4), 537-552.

García, A. M. (2002). *Sobre el morir y la muerte*. Tenerife.

García, A. M.; Rodríguez, M. (2007a). En torno al duelo y sus significados. *Tánato's. Revista de la Sociedad Española e Internacional de Tanatología*, 10, 14-22.

García, A. M. (2007b). Duelo y significados. En W. Astudillo, A. Ispizua, A. Orbegozo (Eds.), *Acompañamiento en el duelo y Medicina Paliativa*, pp. 117-134. San Sebastián: Sociedad Vasca de Cuidados Paliativos.

García, A. M. (2007c). La pérdida de un hijo y la búsqueda de significado: Reescribiendo historias de pérdida y de dolor. En W. Astudillo, A. Ispizua, A. Orbegozo (Eds.), *Acompañamiento en el duelo y Medicina Paliativa*, pp. 133-156. San Sebastián: Sociedad Vasca de Cuidados Paliativos.

García, A. M. (2010). *Vivir el duelo. La experiencia de perder un hijo*. Tenerife: Ediciones Idea.

Gibson, M. (2006). Melancholy objects. *Mortality*, 4(286), 299.

- Gorer, G. (1965). *Death, grief and mourning in contemporary Britain*. London: Cresset Press.
- Herrero, O., Botella, L. (2002). La pérdida del paraíso: Efectos y reconstrucción en un caso de duelo. En A. M. García (Ed.), *Sobre el morir y la muerte*, pp. 257-306. Santa Cruz de Tenerife: Máster Universitario en cuidados al final de la vida. Universidad de La Laguna.
- Jucevic, S., Urlic, I. (2002). Linking objects in the process of mourning for sons disappeared in war: Croatia 2001. *Croatia Medical Journal*, 43(2), 234-239.
- Klass, D. (2006). Continuing conversation about continuing bonds. *Death Studies*, 30(9), 843-858.
- Klass, D., Silverman, P. R., Nickman, S. (1996). *Continuing bonds: New understandings of grief*. Washington, DC: Taylor & Francis.
- LaGrand, L. E. (1999). *Messages and miracles: Extraordinary experiences of the bereaved*. USA: Llewellyn Publications.
- Leach, E. (1978). *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.
- Lévi-Strauss, C. ([1962] 2002). *El pensamiento salvaje*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Londoño, O. L. (2006) *El lugar y el no-lugar para la muerte y su duelo*. Facultad de Artes. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Malkinson, R., Bar-Tur, L. (2000). The aging of grief: Parent's grieving of Israeli soldiers. *Journal of Personal and Interpersonal Loss*, 5(2-3), 247-262.
- Merleau-Ponty, M. (1977). *El ojo y el espíritu*. Buenos Aires: Paidós.
- Neimeyer, R. A. (2001). *Meaning reconstruction and the experience of loss*. Washington, D. C.: American Psychological Association.
- Neimeyer, R. A. (2002a). *Lessons of loss: A guide to coping* (2<sup>a</sup> Ed.). New York: Brunner Routledge.
- Neimeyer, R. A., Baldwin, S. A., Gillies, J. (2006). Continuing bonds and reconstructing meaning: Mitigating complications in bereavement. *Death Studies*, 30 (8), 715-738.
- Packman, W., Horsley, H., Davies, B., Kramer, R. (2006). Sibling bereavement and continuing bonds. *Death Studies*, 30(9), 817-841.
- Radcliffe-Brown, A. R. ([1922] 1964). *The Andaman Islanders*. Cambridge: The Free Press Glencoe.
- Rappaport, R. A. (1979). *Ecology, Meaning and Religion*. California: Richmond, North American Books.

- Ray, B. (1976). Performative utterances in Africa rituals. *History of Religions*, 13(1), 16-35.
- Riches, G., Dawson, P. (1998). Lost children, living memories: the role of photographs in processes of grief and adjustment among bereaved parents. *Death Studies*, 22, 121-140.
- Silverman, P. R., Nickman, S. L. (1966). *Continuing bonds: New understanding of grief*. Washington, DC.: Taylor & Francis.
- Tambiah, S. J. (1979). *A performative approach to ritual*. Oxford: Oxford University Press.
- Thomas, L. V. (1982). *La mort africaine. Ideologie funéraire en Afrique Noire*. Paris: Payot.
- Turner, V. W. ([1967] 1999). *La selva de los símbolos (3ª Ed.)*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Turner, V. W. ([1969] 1988). *El proceso ritual: Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.
- Varela, F. J., Thompson, E., Rosch, E. (2005). *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana. (3ª Reimpr.)* Barcelona: Gedisa Editorial.
- Videka-Sherman, L. (1982). Coping with the death of a child. *American Journal of Orthopsychiatry*, 52, 688-698.
- Volkan, V. D. (1972). The linking objects of pathological mourners. *Arch. Gen. Psychiatry*, 27, 215-221.
- Volkan V. D. (1979). Typical findings in pathological grief. *Psychiat Quart*, 44:231-50.
- Volkan, V. D. (1981). *Linking objects and linking phenomena: A study of the forms, symptoms, metapsychology, and therapy of complicated mourning*. New York: International Universities Press.
- Walter, T. (1996). A new model of grief: bereavement and biography. *Mortality*, 1, 7-25.
- Walter, T. (2009). Grief and separation of home and work. *Death Studies*, 33, 402-410.
- Worden, J. W. (1991). *Grief counselling and grief therapy: A handbook for the mental health practitioner (2ª Ed.)*. Nueva York: Routledge.
- Worgul, G. S. (1980). *From Magic to Metaphor. A Validation of Christian Sacraments*. New York: Paulist.

#### Anexos

Cuadro. Principales elementos a los que se vincularon padres y madres (21), a lo largo del proceso de duelo por la muerte de sus hijos: objetos, imágenes, música, comidas, espacios, etc., con los que recuerdan a sus hijos fallecidos. (1) Objetos pertenecientes a quien

falleció: coche, joyas, relojes, ropas, etc., o que el fallecido usó como prolongación de sentido (teléfono, cámara), o que estaban a mano o en lugares que transitó o visitó el hijo fallecido: (2) Una representación del fallecido, que puede ser fotográfica en distintos soportes: papel, colgantes; impresa en cojines de tela, en posters, cuadros, placas, etc. Soportes fotográficos digitalizados o videográficos. Tatuajes cuyo significado tiene que ver con el hijo fallecido. (3) Sonidos o música de cantantes o grupos musicales que el fallecido escuchaba o que la letra o música de las canciones evoca en los padres una historia que asocian con su hijo. (4) Olores, sabores, comidas o números que se asocian o tienen que ver lugares o con algún elemento asociado al hijo fallecido: el número de la cuna en que estuvo ingresado, etc. (5) Espacios exteriores: Viejos o nuevos, construidos en un lugar que tiene que ver con el hijo fallecido: lugares donde vivió, por donde paseó –ya fuese en la barriga de su madre (neonatos y nonatos) o por sus propios pies-. Lugares en los que estudió, trabajó o donde murió (capillas de devoción); también en los que se esparcieron las cenizas tras el fallecimiento del hijo o se pretendió hacerlo. Espacios simbólicos (memorial), etc.

---

[1] Fueron veintidós entrevistas individuales o en pareja y veintiséis reuniones grupales, de dos a tres horas de duración cada una, celebradas en un despacho habilitado al efecto con sillas colocadas a modo de corro, en la Escuela de Enfermería (Universidad de La laguna) y posteriormente, en el Museo de la Historia y Antropología de Tenerife. En dichos encuentros participaron un total de 45 asistentes, personas en duelo, informantes, de los cuales 25 fueron mujeres y 20 hombres. Los padres que perdieron hijos pequeños o al nacer (hasta 18 años), tenían una edad media entre 30 y 35 años, y los que perdieron hijos de entre 18 y 26 años, tenían una edad comprendida entre 50 y 55 años.

[2] En su estudio Gorer (1965: 80) encontró a seis personas, cuatro viudos y dos viudas, orgullosos de mostrarle hasta qué punto habían conservado sus casas iguales a como habían sido antes de la muerte de su cónyuge. Considera por tanto que igual que se convierte en momia un cadáver, la inmovilidad de los espacios relacionados con el difunto son una momificación.

[3] Entendemos melancolía, tal como refiere el Diccionario de la RAE de la Lengua (Del lat. melancholía, y este del gr. μελαγχολία, bilis negra). Tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales, que hace que no encuentre quien la padece gusto ni diversión en nada. De modo que definimos los objetos melancólicos, como aquellos cuya visión o búsqueda propicia estados de rememoración, de estados de ensimismamiento, tristeza y reflexión. En la antigüedad, desde los griegos, pasando por el Renacimiento y hasta el S. XIX, la mera presencia de estados melancólicos, documentados, eran aceptados como prueba de que la melancolía era una condición permanente, tal como la aflicción observable y universal, que se modificó poco a poco a una denominación con más referencias al duelo o la depresión clínica, haciendo que prácticamente haya desaparecido como referencia de la literatura reciente.